

SERMON

PARA EL DIA DE LA ENCARNACION:
sobre las señales de la grandeza de Jesu-
Christo.

Hic erit magnus.

Será Grande. *Luc. 1. 52.*

SEÑOR:

Quando los hombres pronostican de un jóven Príncipe que ha de ser grande, no se figuran con esta idea mas que victorias y prosperidades temporales: no fundan su futura grandeza sino sobre las públicas desgracias; y las mismas señales que anuncian el resplandor de su gloria, son como siniestros presagios, que solo prometen calamidades à la tierra.

Pero la grandeza de Jesu-Christo que hoy anuncia el Angel à Maria, no se funda en estas vanas y lúgubres señales: el lenguaje del cielo y de la verdad en nada se parece al error y à la vanidad de las adulaciones humanas, y Dios nunca habla con el hombre.

Jesu-Christo será grande, porque es Santo è hijo de Dios: *Sanctum, vocabitur filius Dei*: porque salvará à su pueblo: *Ipse enim salvum faciet populum suum*, y porque su reyno nunca se ha de acabar: *Et regni ejus non erit finis*. Estas son las señales de su grandeza: una grandeza de santidad, una grandeza de misericordia, y una grandeza de perpetuidad y duracion.

Estas son tambien las señales de la verdadera grandeza: esta, Señor, no la deben buscar los Príncipes y Grandes en la elevacion del nacimiento, en el resplandor de los títulos y victorias, ni en la extension del poder

y

y autoridad: solamente serán grandes, à imitacion de Jesu-Christo, en quanto sean santos y útiles à los pueblos, y en quanto su vida y su reynado sea un modelo que se perpetúe en todos los siglos: de este modo tendrán, como Jesu-Christo, una grandeza de santidad, una grandeza de misericordia, y una grandeza de perpetuidad y duracion.

I. PARTE. Señor: el eterno origen de Jesu-Christo, y su título de Hijo de Dios, que es el título esencial de su santidad, lo es tambien de su grandeza y eminencia: no se llama grande porque cuenta entre sus Progenitores reyes y Patriarcas, ni porque circúla por sus venas la mas Augusta sangre del Universo: es grande porque es santo, è hijo del Altísimo: toda su grandeza tiene su principio en el seno de Dios de donde salió: y el gran misterio de sus eternos fines, que hoy se manifiesta, recibe todo su esplendor de su nacimiento Divino.

Nosotros nada tenemos de grande sino lo que proviene de Dios: sí, Católicos, aunque los Grandes se gloríen de tener, como Jesu-Christo, Príncipes y Reyes entre sus mayores, si no tienen mas gloria que la de sus abuelos, si toda su grandeza consiste precisamente en su nombre, si no tienen mas virtudes que sus títulos, si es necesario recurrir à los siglos pasados para hallarlos dignos de nuestros respetos, su mismo nacimiento los deshonra y afrenta aun à los ojos del mundo; contradicen con sus acciones personales la nobleza de su nombre; y asi la memoria de sus antepasados es su mayor oprobrio: las historias en que se hallan escritas las hazañas de sus padres son testigos que deponen contra ellos: no se halla la imagen de aquellos gloriosos progenitores en unos sucesores indignos: sus nombres carecen de las virtudes que en otro tiempo honraron à la patria: y el conjunto de gloria que han heredado no es mas que un peso de infamia que los afrenta y oprime.

Con todo eso, la mayor parte de ellos hacen alarde y vanidad de la nobleza de su origen: cuentan los grados de

de

de su grandeza por los siglos que ya no existen, por las dignidades que ya no poseen, por las acciones que no han executado, por sus abuelos, de los que no ha quedado mas que las viles cenizas, y por unos monumentos que ha borrado el tiempo; y se creen superiores à los demás hombres, porque les han quedado mas ruinas domésticas de la rapidéz del tiempo, y porque pueden presentar mas títulos de la vanidad de las cosas humanas que los demás hombres.

Sin duda que un nacimiento distinguido es una prerrogativa ilustre, à la que el comun consentimiento de las naciones ha vinculado siempre ciertas distinciones de honor y respeto; pero esto no es mas que título, sin que por sí solo sea virtud: es estímulo de gloria, pero no la dá por sí solo: es una leccion doméstica, y un honroso motivo para aspirar à la grandeza, pero no es lo que hace grandes: es una sucesion de honor y de mérito, pero falta y se extingue en nosotros luego que heredamos el nombre, sin heredar las virtudes de los que le hicieron ilustre: cada uno de nosotros dá principio, por decirlo así, à una nueva familia: nosotros somos hombres nuevos: la nobleza se queda en el nombre, pero las vilezas deshonoran nuestras personas.

Pero si el nacimiento distinguido sin virtud no es, aun para el mismo mundo, mas que un título vano que continuamente nos está reprehendiendo nuestra ociosidad y baxeza, ¿qué será en la presencia de Dios, que no vé otra cosa grãde y verdadera en nosotros mas que aquellos dones de su gracia, y de su espíritu, que él mismo ha puesto en nosotros?

Y así nuestro nacimiento segun la fé es nuestro mas glorioso título: solamente somos grandes en quanto somos, como Jesu-Christo, hijos de Dios, y en quanto sabemos mantener la nobleza y excelencia de tan alto origen: esta es la que ensalza à los Christianos sobre los Reyes y Príncipes de la tierra: por su medio adquirimos hoy todos los derechos de Jesu-Christo, todo es nuestro,

nos

nos pertenece todo el Universo; los Patriarcas y escogidos de los pasados siglos son nuestros progenitores, somos herederos de un Reyno eterno, juzgaremos à los Angeles y à los hombres, y veremos algun día à nuestros pies todas las naciones y potestades del siglo.

Esta es, Señor, la prerrogativa de los hijos de Dios; por eso nuestros Reyes pusieron sobre todos los títulos que rodean y ennoblecen su Corona el de Christianísimos; y el mas santo entre vuestros predecesores no iba à buscar la raiz y origen de su grandeza en el numero de ciudades y provincias sujetas à su Imperio, sino unicamente en el lugar en donde, por medio del Santo Bautismo, habia sido puesto en el numero de los hijos de Dios.

Pero Señor, no basta, dice San Juan, tener el nombre de hijos de Dios, sino que es necesario serlo efectivamente: *Ut filii Dei nominemur, & simus*: si los hijos de los Reyes, degenerando de su augusto nacimiento, tuvieran unas inclinaciones baxas y viles; si se propusieran la fortuna de un feliz artesano como el objeto mas digno de su corazon, y unicamente capaz de llenar sus grandes idéas; si perdiendo de vista el Trono, al que deben subir algun día, no conocieran mayor felicidad que andar arrastrando entre el cieno, y confundir sus ocupaciones y ejercicios con los de la plebe mas despreciable, ¿qué oprobrio sería para su nombre, y para la nacion que esperase tenerlos por Soberanos?

Pues aun mucho mas culpables son, Señor, los hijos de Dios quando degeneran de esta dignidad, viviendo como los hijos del siglo: la gracia de vuestro Bautismo os ha elevado aun mucho mas que la gloria de vuestro nacimiento, no obstante ser el mas Augusto de todo el Universo: por éste no sois mas que un Rey temporal; pero el otro os hace heredero de un reyno eterno: por el primero sois hijo de Reyes, por el otro os habeis hecho hijo de Dios: todos los días estamos viendo crecer y manifestarse en vuestra Magestad unos pensamientos y unas inclinaciones dignas de la sangre que habeis recibido de los

Tomo X.

L

Re-

Reyes vuestros antepasados ; pero nada sería esto si no correspondieran tambien al nacimiento que teneis de Dios , el que , por medio del Bautismo , os ha puesto en el numero de sus hijos.

Juzgad pues , Señor , de las prendas que pide un nacimiento real , cuánto pedirá un nacimiento que todo es divino : si los hijos de los Reyes deben ser superiores á los demás hombres , si la menor baxeza los afrenta , si el mas leve defecto de valor es una mancha que tizna el resplandor de su nacimiento , si se les imputa á culpa una simple inconstancia de génio , si es necesario que sean mas valientes , mas sábios , mas circunspectos , mas afables , mas humanos , y mas grandes que los demás hombres ; si el mundo pide tantas circunstancias en los hijos de la tierra , ¿qué no pedirá Dios á los hijos del cielo ? ¿qué inocencia , qué pureza de deseos , qué elevacion de pensamientos , qué dominio sobre los sentidos y sobre las pasiones , y qué desprecio de todas las cosas precederas ? ¿qué grande necesita ser un hombre para mantener la dignidad de tan alto origen ! Esta es la primera señal de la grandeza de Jesu-Christo ; una grandeza de santidad. *Hic erit magnus , & filius Altissimi vocabitur.*

II. PARTE. En segundo lugar ; será grande porque salvará á su pueblo : *Ipse enim salvum faciet populum suum* : segunda señal de su grandeza ; una grandeza de misericordia.

Jesu-Christo solamente baxa á la tierra para llenar á los hombres de sus beneficios : nosotros estabamos sujetos á la esclavitud y á la maldicion ; y el Señor vino á romper nuestras cadenas , y darnos la libertad : eramos enemigos de Dios , y nos hallabamos sin derecho á sus promesas ; y vino á reconciliarnos con él , y hacernos conciudadanos de los Santos , é hijos de una nueva alianza : viviamos sin ley , sin yugo , y sin Dios en este mundo ; y vino á ser nuestra ley , nuestra verdad , nuestra justicia , y á derramar la abundancia de sus dones y gracias en todo el Universo : en una palabra , viene á renovar toda la natura-

le-

leza , á santificar lo que estaba manchado , á corroborar lo que estaba débil , á salvar lo que se habia perdido , y á reunir lo que se hallaba separado : ¡qué grandeza ! á la verdad no hay cosa mayor que el poder ser util á todos los hombres.

Esta es la grandeza á que deben aspirar los Príncipes y Soberanos , y quantos tienen nombre de Grandes en la tierra : solamente pueden ser Grandes en quanto sean utiles á los pueblos , y en quanto , á imitacion de Jesu-Christo , les proporcionen la libertad , la paz , y la abundancia.

No hablo de aquella libertad que favorece á las pasiones y al libertinage , porque éste es un nuevo yugo , y una vergonzosa esclavitud : y supuesto que el primer principio de la felicidad y seguridad de los Imperios es la regla de las costumbres , tampoco hablo de aquella libertad que se levanta contra la autoridad legítima , ó que quiere participar de la que solamente reside en el Soberano , y que con pretexto de moderarla la destruye y aniquila : no hay mayor felicidad para los pueblos que el vivir en el buen orden y en la sumision : por poco que se aparten del punto fixo de la obediencia , ya no puede haber regla en el gobierno , y cada uno quiere ser para sí mismo la regla y la ley : de la independenciam nacen inmediatamente la confusion , las inquietudes , las disensiones , los atentados , y la impunidad de los delitos : los Soberanos no pueden hacer felices á sus vasallos , si no los tienen sujetos á la autoridad , y si al mismo tiempo no hacen que esta sujecion les sea suave y amable.

La libertad , Señor , que deben los Príncipes á sus pueblos es la libertad de las leyes : vos , Señor , sois árbitro de la vida y fortuna de vuestros vasallos , pero no podeis disponer de ellas sino conforme á las leyes : es verdad que no conoceis mas superior que á solo Dios ; pero las leyes deben tener mas autoridad que vos mismo , porque no mandais á esclavos , sino á una nacion libre y belicosa , tan zelosa de su libertad , como de su fidelidad ; y cuya

sumision es tanto mas segura quanto está mas bien fundada en el amor que tiene á sus Soberanos : todo lo pueden en ella sus Reyes , porque su amor y su fidelidad no ponen límites á su obediencia ; pero al mismo tiempo es necesario que sus Reyes los pongan á su autoridad ; y que asi como su amor no conoce mas ley que una sumision ciega , no pidan sus Reyes de su sumision mas que lo que les permiten pedir las leyes : de otro modo no serán Padres y Protectores de sus pueblos , sino sus enemigos y opresores : no reynarán sobre sus vasallos , sino que exercerán sobre ellos un cruel dominio.

El poder de vuestro Augusto bisabuelo sobre la nacion ha excedido al de todos los Reyes vuestros antepasados : este se confirmó con un reynado dilatado y glorioso ; se mantuvo con su gran prudencia , y no se hallaban límites en el amor de sus vasallos : con todo eso muchas veces le vimos ceder á las leyes , elegir las por árbitros entre él y sus vasallos , y sujetar , con heroyca nobleza de ánimo , sus intereses á sus decisiones.

La ley, Señor , y no el Soberano es quien propriamente debe reynar sobre los pueblos : vos sois su Ministro , y el primer depositario : la ley es la que debe arreglar el uso de la autoridad , haciendo que la autoridad no sirva de yugo á los vasallos , sino que sea una regla que los gobierne , un socorro que los ampare , una paternal vigilancia , que se asegure la obediencia por medio del amor ; los hombres se miran como libres , quando solamente son gobernados por las leyes : su sumision es entonces su mayor felicidad , porque en ella consiste toda su tranquilidad y confianza : las pasiones , los injustos preceptos , los deseos excesivos y ambiciosos que suelen mezclar algunos Príncipes con el uso de su autoridad , en vez de estenderla , la debilitan : se hacen menos poderosos quando quieren ser superiores á las leyes : pierden en lo que les parece ganar ; todo lo que hace odiosa é injusta la autoridad , la minora y debilita : la raiz del poder está en el corazon de sus vasallos : y por mas absolutos que pa-

rez-

rezcan , puede muy bien decirse que pierden su verdadero poder luego que pierden el amor de los que los sirven.

Digo tambien , que solamente pueden ser Grandes en quanto , á imitacion de Jesu-Christo , proporcionen á los pueblos la paz y la abundancia , que son siempre los dichosos frutos de la libertad de que acabamos de hablar : y estos son los bienes que hoy trae Jesu-Christo á la tierra : solamente es Grande , porque es bienhechor de todos los hombres.

Para ser Grandes en la opinion de los hombres es necesario , Señor , serlos util : el agradecimiento los obligó en otro tiempo á venerar por Dioses á sus bienhechores ; y asi adoraron á la tierra que los sustentaba , al Sol que los alumbraba , á los Príncipes que los hacian bien , á un Júpiter , Rey de Creta , y á un Osiris , Rey de Egypto , que habian dado sábias leyes á sus vasallos , que habian sido padres de sus pueblos , y que en sus reynados los habian hecho felices : es tan vivo el amor y el respeto que inspira el agradecimiento , que llegó á degenerar en culto.

Si queremos que sea immortal nuestra fama , es necesario hacer que los hombres tomen parte en nuestros intereses , y esto solamente lo conseguiremos con nuestros beneficios : los grandes talentos , y los títulos que nos elevan sobre ellos , y que de nada sirven á su felicidad , los deslumbran , pero no los mueven ; y mas son motivo de embidia , que del amor y de la estimacion del público : las alabanzas que tributamos á los demás , siempre recaen por algun camino sobre nosotros mismos : el interés ó la vanidad son el secreto canal por donde se comunican , porque todos los hombres son vanos , y siempre obran por su propio interés , y regularmente no gustan de tributar en vano unas alabanzas que los abaten á ellos , y que son como pública confesion de la superioridad que sobre ellos tienen aquellos á quienes alaban ; pero el agradecimiento vence á la vanidad , y la soberbia sufre tranqui-

quilamente que nuestros bienhechores sean á un mismo tiempo nuestros superiores y dueños.

Un Príncipe, Señor, que no ha tenido mas virtudes que las militares, no puede vivir seguro de que ha de ser mirado de la posteridad como grande: en este caso solamente habria sido grande para sí, y nada habrá hecho por sus pueblos; y estos son los que aseguran para siempre la gloria y la grandeza del Soberano: podrá ser mirado como un gran Conquistador, pero nunca será tenido por gran Rey: ganará batallas, pero no ganará los corazones de sus vasallos: conquistará Provincias extrangeras, pero arruinará las propias: en una palabra, aunque haya sido hábil para mandar sus exércitos, no habrá sabido gobernar sus provincias.

III. Pero, Señor, un Príncipe que pone toda su gloria en la felicidad de sus vasallos, que prefiere la paz y la tranquilidad, que únicamente los pueden hacer felices, á las que no se reducen mas que á lisonjear su vanidad: un Príncipe que es mirado como el protector de su pueblo, que vive persuadido á que sus mas preciosos tesoros son los corazones de sus vasallos: un Príncipe que con la sabiduría de sus leyes, y con su buen exemplo destierra de sus Estados los desordenes, corrige los abusos, conserva la circunspeccion de las públicas costumbres, mantiene á cada uno sus derechos, reprime el luxo y el libertinage, mas funestos siempre para los Imperios que las guerras y las mas tristes calamidades; que restituye á la religion de sus padres la autoridad del resplandor, la magestad y la uniformidad que perpetúan el respeto en los pueblos; que mantiene el sagrado depósito de la fé contra los insultos de los espíritus reboltosos é inquietos, que mira á sus vasallos como á hijos suyos, á su reyno como su propia familia, y que no usa de su poder sino para felicidad de aquellos que se le han confiado: un Príncipe de estas prendas siempre será grande, porque siempre vivirá en el corazon de los pueblos. Los padres contarán á sus hijos lo felices que fueron vi-

vien-

viendo baxo el dominio de tan amable dueño, estos lo referirán tambien á sus nietos, y pasando esta memoria en cada familia de padres á hijos, será como un monumento domestico, levantado dentro del recinto de sus propias casas, que perpetuará en todos los siglos la fama de tan buen Rey.

Señor, no son las estatuas ni las inscripciones las que immortalizan á los Príncipes: éstas, tarde ó temprano llegan á ser triste juguete de los tiempos, y de la inconstancia de las cosas humanas. Roma y Grecia multiplicaron en otro tiempo casi infinitamente las imagenes de sus Cesares, y agotaron toda la ciencia del arte para que fuesen mas apreciables en los siglos futuros: pero fue en vano, porque de todos aquellos soberbios monumentos, apenas hay uno que haya llegado hasta nuestros tiempos: lo que solamente está escrito sobre el marmol y el bronce presto se borra; pero lo que se escribe en los corazones siempre permanece.

III. PARTE. La ultima señal de la grandeza de Jesu-Christo es la duracion y perpetuidad de su reyno: *Et regni ejus non erit finis*. Este reyno ha durado, y durará eternamente: sus beneficios perpetuarán su reynado y su poder: los hombres de todas las edades le reconocerán, y le adorarán como á su cabeza, su Salvador, y su Pontífice que siempre vive, y se está ofreciendo por nosotros á su Padre: será Príncipe de la eternidad, reynará sobre todos los escogidos en el cielo: y la Iglesia triunfante en el cielo será eternamente su reyno y patrimonio, del mismo modo que la militante en la tierra: en esto consiste su grandeza de perpetuidad y duracion.

Y á la verdad, la gloria que se ha de acabar con nosotros siempre es falsa: esta mas se concede á nuestros títulos que á nuestras virtudes: es un falso resplandor que rodea nuestros puestos, pero no dimana de nosotros mismos: siempre estamos rodeados de admiradores, é interiormente vacíos de aquellas prendas que admiran en nosotros: esta gloria es fruto del error y de la adulacion,

Y

y así no es de admirar que se acabe con ellos: esta es la gloria de la mayor parte de los Príncipes y Grandes: suelen honrarse sus cenizas, aun calientes, con algun elogio; se añade esta vana decoracion á la de su pompa fúnebre, pero al dia siguiente todo se eclipsa y desvanece, se averguenzan los hombres de las alabanzas que los han tributado, y las miran como unos elogios que ya cansan por haberse oido tantas veces: se averguenzan hasta los mismos monumentos públicos en que están escritas, y en los que solamente parece que subsisten como pública memoria que los desaprueba: por eso las adulaciones nunca sobreviven á sus Heroes; y están estos falsos elogios tan lexos de immortalizar la gloria de los Príncipes, que solo sirven de perpetuar la baxeza, el interés, y la adulacion de aquellos que han sido capaces de tributarse los.

Para conocer la verdadera grandeza de los Príncipes y Grandes se debe buscar en los siglos que han seguido al tiempo de su vida: quanto mas distan de nosotros, mas crece y se asegura su gloria, quando ésta tuvo su origen en el amor de los pueblos: aun el dia de hoy se le están disputando á uno de vuestros mas valerosos progenitores los magnificos elogios que su siglo le tributó á porfia: y á pesar de la gloria de Marignan, se duda si debe ser contado por su valor entre los grandes Reyes que han ocupado vuestro Trono: y al mismo tiempo, no hallandose en su predecesor en tanto número aquellos talentos brillantes que constituyen á los Heroes, aunque sí mas virtudes pacíficas, que son las que forman á los buenos Reyes, será siempre grande en nuestras historias, porque siempre será amado de la nacion, por haber sido su Padre: de nada sirven los elogios que se tributan á los Soberanos en el tiempo de su reynado, si no se repiten despues en los reynados siguientes: porque la posteridad, siempre equitativa, ó los degrada de una gloria que solamente debian á su poder y á su clase, ó los conserva aquellas distinciones que debieron mas á sus vir-

tudes, que á su poder: es necesario, Señor, que la vida de un gran Rey pueda proponerse como exemplar á sus sucesores, y que su reynado sea modelo de todos los reynados siguientes; y de este modo, si es licito decirlo así, será eterno como el reyno de Jesu-Christo: *Et regni non erit finis.*

El reynado de David fue siempre el modelo de los buenos Reyes de Judá, y su duracion igualó á la del Trono de Jerusalém: el ser modelo de los Reyes sus sucesores, no lo debió solamente á sus victorias: Saúl habia vencido como él á los Filistéos, y á los Amalecitas: su piedad para con Dios, su amor á su pueblo, su zelo de la ley y religion de sus Padres, su conformidad con la voluntad de Dios en sus desgracias, su moderacion en las victorias y en las prosperidades, su respeto á los Profetas que de parte de Dios le avisaban sus obligaciones, y le abrian los ojos para que viese sus flaquezas, las públicas lágrimas de penitencia y devocion con que bañaba su Trono para expiar el escandalo de su culpa, las inmensas riquezas que juntó para fabricar un Templo al Dios de sus Padres, su confianza en el Sumo Sacerdote, y en los Ministros del culto Divino, el cuidado que tuvo de inspirar en su hijo Salomón máximas de virtud y de prudencia; y finalmente, el buen orden, y las justas leyes que estableció en todo Israel fue el verdadero principio de su grandeza.

Esta es, Señor, la grandeza á que debe aspirar vuestra Magestad: reynad de modo que vuestro reynado pueda ser eterno; que no solamente os asegure el reyno immortal de los hijos de Dios, sino tambien que en todas las edades futuras se os proponga á los Príncipes vuestros sucesores como modelo de buenos Reyes.

Las victorias solamente no os harán un gran Rey; el amor á vuestros pueblos, vuestra fidelidad á Dios, vuestro zelo por la religion de vuestros padres, y vuestro cuidado en hacer felices á vuestros vasallos será en nuestras historias la época mas gloriosa de vuestro rey-

nado , y el modelo de todos los futuros.

Amad , Señor , á vuestros pueblos , oid siempre con igual gustos estas palabras tantas veces repetidas. Sed amoroso , humano , afable , compasivo de sus miserias , cuidad de sus necesidades , y sereis un gran Rey , y la duracion de vuestro reynado igualará á la de la Monarquía : Dios os ha establecido sobre una nacion que ama á sus Príncipes , y que solamente por esto merece ser amada : en un reyno en donde los pueblos , por decirlo asi , nacen buenos vasallos , es necesario que los Soberanos nazcan tambien buenos Príncipes : ya estais viendo , Señor , el ansia con que se dirigen á vos todos los corazones ; el amor no se puede pagar sino con el amor , y vos , Señor , no seriais digno del afecto de vuestros vasallos , si les negarais el vuestro.

Esta es la verdadera gloria de los Reyes : toda su grandeza consiste en el amor de sus pueblos : estos son los que perpetúan de siglo en siglo la memoria de los buenos Príncipes : ¿qué mayor gloria para un Rey , que reynar despues de su muerte en los corazones de sus vasallos el estar asegurado de que en las edades futuras los pueblos , ó sentirán el no haber vivido baxo su dominio , ó se darán el parabien de tener un Rey parecido á él ? qué gloria , Señor , el que se diga de él en todos los siglos , como de Salomón decia la Reyna de Sabá : Felices los que le vieron , y vivieron baxo la suavidad de sus leyes y de su Imperio ; feliz la edad que dió á la tierra un tan buen Príncipe ; felices las ciudades y provincias que vieron revivir baxo su dominio la abundancia , la paz , la alegría , la justicia , y la inocencia de las mas felices edades : feliz la nacion á la que algun dia favorezca el cielo con un Príncipe que le sea semejante.

Gran Dios , vos solo sois quien dá los buenos Reyes á los pueblos , y este es el mayor dón que podeis hacer á la tierra ; aun teneis entre vuestras manos al Augusto Niño que destinais á esta Monarquía , porque por razon de su edad y su inocencia aún está como una obra que han

em-

empezado vuestras misericordias , obediente á esa divina mano que la ha de perfeccionar ; gran Dios , aún estais en tiempo de formarle para felicidad de los pueblos para quienes le habeis reservado : no se canse vuestra bondad de oir estos ruegos , tantas veces repetidos , pues interesan tanto á la salud y felicidad de una nacion , que siempre habeis amparado.

Baxo la conducta de los buenos Reyes se asegura vuestro culto , la fé triunfa de los errores , la infame incredulidad se vé desterrada , ú obligada á ocultarse , se confunden las doctrinas nuevas , los espíritus rebeldes no hallan proteccion ni seguridad sino en la unidad y en la obediencia ; vuestros Ministros , exerciendo en paz sus funciones , y velando continuamente en la conservacion del depósito , vén que la autoridad del Imperio dá la mano á la del Sacerdocio , y que unidos todos los corazones al pie del Trono , se postran tambien al pie de los Altares con la misma union y conformidad. Aumentad en él , ¡oh Dios mio ! cada dia aquellas felices señales que anuncian buenos Reyes á los pueblos : haced que crezca la obra de vuestras misericordias , y que cada dia se vaya manifestando en él con la edad : nosotros , Señor , no os pedimos que sea Conquistador de la Europa ; os pedimos solamente que sea Padre de sus pueblos : el poder de vuestro brazo es quien nos le ha conservado , al mismo tiempo que al rededor de su cuna habeis herido de muerte á toda la Real estirpe : sea tambien este mismo poder quien le forme y disponga para nuestra felicidad : este Augusto Niño , es como Moysés , el hijo que se ha salvado entre los funerales de toda su familia ; pues haced que como él , sea tambien el libertador de su pueblo , y que este primer prodigio con que le habeis sacado del seno de la muerte , sea para nosotros seguro presagio de los que debemos esperar baxo su Imperio. Amen.